



NOVA GALIZA

25 cts.

REVISTA QUINCENAL
DOS ESCRITORES GALEGOS
ANTIFEIXISTAS • Redacción:
Av. 14 de Abril, 442
BARCELONA

N.º 14

8 DE XANEIRO DE 1938

NOVA GALIZA E NOVA HESPAÑA

¿Está Galiza preparada pra disfrutar da autonomía?

Mais ben que a ista pregunta úrxenos, denantes de todo, contestar ao receio que n'ela s'acaba, fillo do descoñecimento da Galiza esencial — que non é a asoballada pol-os vellos políticos centralistas, os que faguían d'ela un feudo eleitoral, nin debe ser xuzgada pol-os síntomas do seu padecimento baixo tal desorden, como si fosen as insinias distintivas do noso povo. Os que xamais teñan escismado en serio en col do destino de Hespaña e da sua feitura natural, e haxan samente ollado as unidades hespañolas, ou as especies fundamentaes da hispanidade, como pezas de caza, pra matinaren cepos axeitados, non poden opinar, sen se culparen a sí mesmos, sobre a raquitis da cibdadanía que viña sufríndose en toda a península.

Hespaña, partillada en leiras provinciaes — mais ben diciríamos, aténdonos a esperencia, policiaes — ficou nas mellores condicións pra o reparto do botín político; non, en troques, pra se realizar políticamente, pra alcadar a pleitude do seu xenio civil. E non se poderá «civilizar» naméntas non impoña a sua realidade contra os artificios que fan da política un certame d'astucia e, do Estado, samente un fito de regateo pra os aspirantes a burócratas. Nin Hespaña pode realmente pôr en vigor as suas enxebres forzas e inspiracións en tal estado, nin o Estado é iso.

E os que inquiren receiosamente sobre a preparación de Galiza pra disfrutar da autonomía esquencen que ista non é sinxelmente cousa de disfrutar, senon tamén algo que, en certos casos, tería de ser imposto como unha responsabilidade intransferible.

Fora do devandito receio, agáchase decote n'aquela pregunta un simple descoñecimento da parte que ten Galiza no concerto da cultura hispánica. Galiza é todo ao rivés d'un país salvaxe ou primitivo. Moito mais primitiva e bárbara — sea dito con todol-os respetos — é, por eisempro, Nova York como sistema d'instintividade, que unha anterga vila galega, labranza ou mariñeira. Pol-o d'agora aínda non fomos invadidos por isa sorte de americanismo do que xa están querendo ceibar ao seu pais os mais esgrevidos e sabidos homes de Norte América. E un campesiño galego — sen que faga falla escoller ao de mais letras, senon ao de mais vivas lembranzas — entenderíase mellor a falar con Waldo Franck, poñamos por caso de grande humanista american, que moitos diputados.

Galiza non é un país novo nin «prehistórico», senon de gran liñaxe. A sua mocidade é perenne, mais atesoura tamén unha lanzal e espritoal vellice.

Si por «progreso» entendedes maquinismo, trunfo do inxenio, podemos dicir con toda franqueza que non nos da noxo ningún, sempre que non remate impóndose sobre o home e convertíndoo en servo d'unha hestoria gobernada pol-as máquinas. Non coidedes que a anterga, enxebre

Nueva Galicia y nueva España

¿Está Galicia preparada para gozar de la autonomía?

Más bien que a esta pregunta nos urge ante todo contestar al recelo que envuelve, hijo del desconocimiento de la Galicia esencial — que no es la sometida por los viejos políticos centralistas que hacían de ella un feudo electoral, ni debe juzgarse por los síntomas de su padecimiento bajo tal desorden, como si fuesen caracteres distintivos de nuestro pueblo. Quienes no hayan pensado nunca seriamente en el destino de España ni en su estructura natural, y sólo hayan considerado, en cambio, las unidades españolas o las especies fundamentales de la hispanidad como presas de caza para calcular cepos adecuados, no pueden opinar, sin culparse a sí mismos, sobre el desmedro de ciudadanía que venía sufriendose en toda la península.

España, dividida en parcelas provinciales — más bien diríamos, ateniéndonos a la experiencia, policiales —, quedó en excelentes condiciones para el reparto del botín político; no, en cambio, para realizarse políticamente, para alcanzar la plenitud de su genio civil. Y no podrá «civilizarse» mientras no imponga su realidad contra los artificios que hacen de la política un certamen de astucia y, del Estado, sólo un objeto de contienda entre los aspirantes a burócratas. Ni España puede realmente poner en vigor sus auténticas fuerzas e inspiraciones en tal estado, ni el Estado es eso. Y los que inquiren recelosamente sobre la preparación de Galicia para gozar de la autonomía olvidan que ésta no es simplemente algo que deba ser gozado, sino también algo que debería ser impuesto en ciertos casos como una responsabilidad intransferible.

Aparte del recelo indicado, suele

e fonda cultura de Galiza — que non é só unha ponla ilustre da cultura peninsular, senon tamén unha radiga das mais principaes — ten mester de faguerse «progresiva» meténdose nos moldes do inxenio mecánico e recibindo estímulos, moi arriscados, da cobiza financeira. Si Galiza se compre, será subordinando a técnica ao seu plan, e non ao rivés...

Dicimos todo isto pra os que ao desconfiar de si Galiza está preparada pra determinare autonómicamente o seu progreso, entenden por preparación non a cultura viva, senon a acomodación do home a certos istromentos e convenios.

¿Está, pois, en sazón a nosa xente pra faguer uso de certos istromentos xurídicos, poñamos : un estatuto autonómico? Co ista pregunta houbérase podido sair ao paso de total-as conquistas políticas. Tense decote respondido á intención sofística dos inquéritos dese tipo dicindo que non hai outro xeito d'adeptar a camiñar que camiñando. Ista resposta é fraca, pois tamén pra escomenzar a camiñar fai falla estar preparado, e non sería cousa de xuízo anticipalo aprendizaxe.

A custión é mais directa. O que pasa é que Galiza, en tantos anos, non conseguen aínda «prepararse» pra usalo centralismo como istromento axeitado aos seus fins — sexan estes internos ou de colaboración. En troques, o autonomismo non leva outra mira que dar valimento xurídico e artellar coa maisima flexibilidade e perfeición as formas da vida e convivencia pra as que Galiza está mais preparada por natureza, espírito e hábito.

envolver dicha pregunta un ingenuo desconocimiento del papel de Galicia en el concierto de la cultura hispánica. Galicia es todo lo contrario de un país salvaje o primitivo. Mucho más primitiva y bárbara — dicho sea con todos los respetos — es, por ejemplo, Nueva York, como sistema de instintividad, que una antigua villa gallega de labranza o de marinería. Por ahora aun no hemos sido invadidos por cierto tipo de americanismo del cual quieren librar a su país los más egregios y cultivados hombres de Norte América. Y un campesino gallego, sin que haga falta escoger al de más letras, sino al de más

vivos recuerdos, se entendería mejor con Waldo Franck, pongamos por caso de gran humanista americano, que muchos diputados.

Galicia no es un país nuevo — ni «prehistórico» —, sino de gran linaje. Tiene una mocedad perenne, pero atesora también una gallarda y sabia vejez.

Si por «progreso» se entiende el maquinismo, el triunfo del ingenio, podemos decir con toda franqueza, que no somos enemigos de él, siempre que no se imponga al hombre convirtiéndolo en siervo de una historia regida por las máquinas. No creáis que la antigua, pura y honda

cultura de Galicia — que no es sólo una rama ilustre de la cultura peninsular, sino también una de sus raíces principales — necesita hacerse más progresiva metiéndose en los moldes del ingenio mecánico y recibiendo estímulos, harto peligrosos, de la ambición financiera. Si Galicia se cumple será subordinando la técnica a su plan, y no a la inversa...

Dicimos todo esto para aquellos que al desconfiar de si Galicia está preparada para determinar autónomamente su progreso, entienden por preparación no la cultura viva, sino la acomodación del hombre a ciertos instrumentos y convenio-

¿Está en sazón nuestra gente para usar ciertos instrumentos jurídicos, por ejemplo, un estatuto autonómico? Con esta pregunta, así formulada, se podría haber salido al paso de todas las conquistas políticas. A la intención sofística de las inquisiciones de este género se ha solido responder: no hay otro modo de aprender a andar que andando. Esta respuesta es débil, pues también para empezar a andar hay que estar preparado, y no sería prudente anticipar el aprendizaje.

El problema es más directo. Lo que sucede es que Galicia, en tantos años, no ha conseguido aún «prepararse» para usar el centralismo como instrumento favorable a sus fines — sean éstos internos o de colaboración. En cambio, el autonomismo no pretende otra cosa que dar validez jurídica y articular con la máxima flexibilidad y perfección las formas de vida y convivencia para las que Galicia está más preparada por naturaleza, espíritu y hábito.



D E S E Ñ O D E C O L M E I R O

SACRILEGIO DE LA CRUZ Y DE LA ESPADA

Querido El :

Me place, al calor de un buen fuego, contestar tu carta, hoy recibida. Creo necesario rectificar, o poner más en lugar, una frase que me atribuyes. Probablemente yo glosaba entonces una justa ira de Unamuno contra el exceso de lenguaje de sus compatriotas, cuando hacen salir, dice, todas las voliciones profundas de las criadillas. Yo suscribo el exceso de metáfora, pero ha de ser a condición de que sea una manera de acentuar una de esas seguridades instintivas en que lo genésico, efectivamente, se confunde con el mandato divino, y que distinguen más a un pueblo que a otro. Ya que hablas de imperio, es verdad que no se puede identificar a don Quijote con Mr. Pickwick; el inglés tantea, desconfía de su instinto y lo sustituye con discurso empírico; suele triunfar, pero es ridículo frente a don Quijote, que va a triunfar de la única manera que le es dado al espíritu: con muerte ejemplar. Y esta es la enseñanza de Cristo, oscurecida en los ingleses con todo y el consumo de Biblia que hacen. No tengo malquerencia por la buena raza albiona; son correctos y divertidos; pero no aduermen a Dios con sus himnos, ni engañan al señor don Quijote. Noto que lees con gusto. Creo que ahora vas a estar un poco en desacuerdo: digo ¿de qué lado crees tú que anda el espíritu imperial de España en la lucha que la parte en dos

actualmente? Detrás del prestigio imperial se han guarecido allí falsos jefes de una sociedad descompuesta, impíos, soldados sin honor y nobles que no lo son, frente a un pueblo que, en efecto, hizo luz de su historia de santos y de héroes para morir de muerte ejemplar antes que ceder al ultraje de la fuerza y de la trapacería. El Cid no está con Franco, ni Santa Teresa. El día del juicio vendrá, y todo se sabrá. ¿Política utilitaria? Repito: quita el disfraz a los imperiales, y verás una cara peor que utilitaria, sordida y cavernícola. Ni siquiera son burgueses; que al fin — y esto es lo malo también — prometen a todos el goce de la civilización naturalista y mediocre que han creado; ni esto: caras de avaricia estéril, religión desamorada y lerda, y militarismo burocrático: ¡oh espada! ¡Tanto me duele adentro el sacrilegio de la espada como el de la cruz! Digo: porque tengo fe en España como criatura de Dios, y en el instinto genésico del pueblo (los señoritos que siguen a Franco son los que siempre andan con los atributos de la hombría en la boca, y tampoco engañarán a Dios ni a don Quijote) sé que, a tuertas o a derechas, llevará a buen destino el suyo, que es, en efecto, de imperialismo espiritual por la dignificación del hombre.

J. BUSCÓN

Montevideo, 1937.

De la revista «Reuniones de Estudio», Montevideo.

AOS INDIFERENTES

Os galegos que están na América xogan un papel de pemeiro orde — inda que algúns d'eles se fagan os xordos — n'esta loita que sostén a Hespaña. Esto xa se dixo moitas veces, pero compre repetilo pra que despóis ninguén se chame a engano. Todo cibdadán hespañol, atópese onde se atope, é belixerante n'esta guerra sanguinienta. Todo cibdadán hespañol está na obriga de escoller o camiño que máis lle conveña. O que non se ademite, de ningunha das maneiras, é a indiferenza. Pra nós, son iguais os que se poñen da outra banda, e os que dín que non se queren meter en líos; os que argumentan de que eles non son partidarios de que as cousas chegaran a esta crueza e, pol-o tanto, considéranse alleos a isto, neutrales (nós máis ben dicimos cómodos). Esta actitude é máis que perigosa, é suicida pra quen-a tomé. Na Hespaña non hai máis que un rumbo a seguir: ou co Goberno, ou contra o Goberno. ¿Está craro? Esto dicímolo como hespañois; como galegos

temos que aconsellar aos nosos paisanos que se atopan fora da Terra. Son moitos e, por conseguinte, hai algúns que están n'esa actitude que sinalámos máis arriba. Imos a darlles un consello. Un consello enéxico, pero que lles será moi proveitoso. Será comenente refrescarlles un pouco a memoria.

Si alguén ten dereito a refugar o feixismo son os emigrados galegos. O feixismo en Galiza, galego d'América, é o usureiro que che presta cartos a un tanto por cento que tí non podías pagar; o abogado que che metía no pleito e despois de darlle moitas largas presentábase unha minuta que tí tiñas que recurrir ao usureiro pra pagala; os curiales que chegaban á túa porta cos papeis pra facerche o embargo; o político que che ofrecía montes e moreas si lle dabas o voto e despois si o ías a ver, non te podía recibir n'aquel intre — pra vos recibir os políticos sempre estaban n'ise intre —; os cregos, que eran os culpantes da vosa cegueira espiritoal. Todos is-

tes elementos «piadosos» son os que estan ensumindo á nosa Terra na máis negra barbarie. Son os que desencadearon esta guerra.

Vós pra contrarrestardes istas tréboas que se espallaran pol-a nosa Galiza, déchedes cartos para as escolas ceibes. Non queríades que os vosos fillos viviran a vosa noite. Pois ben; por si algún de vós non-o sabe, esas escolas dende o mesmo intre que eles se apodeiraron do noso chan ficaron pechadas a cal e canto. Os mestres foron, despóis d'un martirio salvaxe, asesinados diante dos rapaces aos que ensinában, «para castigo y exemplo». Todos aqueles cartos que mandáchedes tiveron ise fin. Soio teñen un froito: a visión macabra que lles fixeron presenciar aos nenos. Mais, cando eses nenos comencen a camiñar pol-a vida, lembraránse d'esta escea e renegarán dos asesinos e dos que estiveron calados perante este feito inhumán. Renegarán de vós...

LONGO

AS PROMESAS GALEGAS: A NOSA ESCOLA

POR J. OTERO ESPASANDIN

Cando penso no que pra mín puido sel-a escola e non foi, nas forzas e arelas da miña neñeza que puido guiar e despertar, doume conta do que unha boa escola significa pra o adianto dos povos, pra a felicidade dos homes. Cando me poño a lembrar a miña vida de rapaz n'aquela aldeíña da montaña galega por onde brincan as augas cristaiñas do Lérez entre seixos e ameneiros, xurde a escola como o mais probe, cativo, ruin.

Saíamos â mañán cedo da casa nenos e nenas, polos carreiros entre ferrans xiadas, c'unha bulsiña de dril na que levábam os unos un manuscrito de Calleja ou Paluzié, un catecismo Astete, e uns pregos de papel cheos de borrós de tinta, letras ensarilladas que nada decían, e un anaco de broa pra a volta; pasábam os ríos fomegante no meio da néboa, cantarín como unha moza madrugadeira camiño do moíño. Ao cabo d'uns tres cartos d'hora, co peito encolleito de medo, chegábam os á porta da escola c'un vago presentimento de que o mestre — ou a súa muller ou os fillos — íannos recibir a palmetadas, pol-a tardanza, por no leval-as ouellas ben lavadas, ou por non sabel-o catecismo. Os que ían no silabario ou no catón, sentábanse nun banco dos que daban a volta ás catro esquinas do local, nun sitio fixo, sen se poder estirar as pernas nas tres horas que duraba a clase. O chan era terrizo, húmedo. Nós tínham os pes mollados; había quen ía descalzo, quen levaba uns zocos rotos nos que entraba e saía a auga como nun cribo. A forza de tel-o libro collido pol-o mesmo sitio rompíase e borrábenselle as letras; nin que decir ten que pra pasar d'unha folla a outra eran precisos meses d'escola, cando non anos. Aterecidos, encolleitos de frío e medo n'aquel currunchito frío, escuro, pensábam os minuto a minuto no tempo que aínda quedaba pra brincar fora d'aquel inferno, correr camiño da casa, xogalos botós da roupa, comel-o pan de maiz que levábam os na bolsa entre os libros, as plumas, os palotes.

Fora de xirós de recordos como iste, eu non lle debo â escola nada como non sexa saber cantal-a táboa de multiplicar e faguer despois de moitos anos unhas operacións inacabables, sen ningún vencello coa realidade prúsima nin lonxana. Oxe non me explico cómo puiden manter un cego amor aos libros, sobre todo aos de matemática, cómo puiden chegar a vivir ateazado pol-a idea de penetral-os mais sotiles segredos do cálculo. De haber tido unha boa escola primaria, unha boa escola Normal e unha boa escola Superior quezais oxe poidera ser un investigador capaz de ofrecer ao mundo algunha idea orixinal no campo mais puro da Matemática ou da Mecánica.

A escola do meu tempo de neno está case enterrada e quezais no valla a pena recordala. Ao traguela a coito non é que me propoña un fito negativo, senon todo o contrario: quixera deseñar o que a escola pode ser na nosa terra, sobre todo nas pequenas aldeas do interior e da veiramar. Mais aínda así, o tema resulta moi ambicioso e un pouco fora do intre que vivimos. Aborde decir pol-o d'oxe que non se pode dar un meio mais comprido pra o desenrolo das novas ideas sobre educación que o noso.

A partir do galego que falamos desde nenos podemos chegar a descubrir os segredos de calquera outra língua neolatina. Temos un folklore rico; manifestacións artísticas nos mais homildes ofizos; unha economía moi inxel e completa que se ispresa nos mercados e nas feiras. Non hay manifestación esencial da vida que non apareza rexistrada na vida cotián galega coa toda craridade. O mar métese agarimoso pol-o leito dos ríos como se quixera leval-os seus dons ao regazo das verdes campiñas do interior ou como se buscasse meter-nos no peito o seu esprito aventureiro e inquedo. Eistase exprica que en Ourens, en Lugo, ou en calquera outra cibdá do interior se vexan os mariscos vivos aínda, mollados coa auga do mar. Nos nosos montes viven os lobos e os osos, o xabalí e a marta. A laranxa, o limón, medran pol-as veiras da ría de Vigo e Pontevedra que é un primor. Os montes chegan â veira do mar co garbo aventureiro das serras que van pra lonxe. O neno ve sementar o liño, ve como o arrincan, como o levan ao río, como o mazan, espadelan, rastrillan, fian e tecen. Ve como a manteiga xurde do leite branco que pule o lombo dos becerros, como as sardiñas saen do mar e son pechadas na lata e saen camiño de Francia e outros países. Quezais seu pai estivo en Terranova moitas veces pescando bacalao, ou nas costas de Islandia en procura do bonito ou cargando madeiras en calquera porto do fondo do Báltico. Toda a economía do mundo late nas veas galegas por unha ou outra razón. As minas de carbón dos Estados Unidos, os pozos de petróleo de Venezuela, as fibras textiles de México, a carne en conserva das pampas arxentinas, os balnearios de Honolulu, as factorías baleeiras de Alaska, o caucho do Amazonas..., todo treme no sangue dos nosos homes, nas xarcias dos nosos bergantíns.

Por todo isto e moitas cousas mais que é imposible numerar, pode a escola da aldea mais pequerrecha de Galiza sel-a mais rica do mundo enteiro. De todas istas cousas, rematada a guerra, que emprobeceu Galiza, sobre todo en homes, será hora de falar, e mais que falar, obrar.

O FEIXISMO EN GALIZA

RELATO DUN FUXITIVO

El fascismo en Galicia Relato de un evadido



(Deseño de Victor Cortezo)

Al sobrevenir el levantamiento militar vivía yo con mi gente — mujer y varios hijos, todos pequeños — en una ciudad de Castilla, y era dueño de una pequeña industria. Militaba en el partido de Izquierda Republicana desde su fundación. A los pocos días de la militarada comencé a ser perseguido. Viendo que todos los amigos y correligionarios eran detenidos y asesinados, tomé la norma de hacer noche fuera de casa. Varias veces fueron en busca mía y no me encontraron. La última, una persona bien informada de lo que sucedía cada noche y del peligro que yo corría, vino temprano a avisarme y díjome que los enemigos tenían constantemente vigilada la casa y que estaban al acecho para prenderme cuando me viesen llegar y darme muerte. Yo tenía que dar crédito a lo que me decía aquel amigo, no sólo por fe en su palabra y en sus informes, sino porque bien veía yo mismo la suerte que corrían los hombres de izquierda y la ojeriza con que fui mirado desde el primer instante. Así fué que decidí escapar, ya tan cerca del peligro, que ni siquiera tuve tiempo de despedirme de los hijos y de la mujer. ¡Quince meses estuvieron sin saber de mí!

Viniendo al asunto. Aquella misma mañana, sin ir por la casa, como digo, y sin siquiera dar cuenta de mi acuerdo a la persona que se cuidó de mí avisándome, y a la cual debo la vida, conseguí un taxi, y en él hice un viaje sin descanso de 600 kilómetros hasta llegar al Ferrol. Otro camino de evasión no veía por entonces que volver a Galicia. Pero aun allí ya no me hallaba como en mi tierra. Es muy duro estar como desterrado en el propio país.

Estudí el modo de sortear mejor el recelo de aquella gente que allí manda y humilla, y lo fui consiguiendo de forma maravillosa, cada día en un pueblo distinto, excepto alguna ciudad y villas importantes en las que demoré hasta ocho días.

En unos sitios pasaba por viajante; en otros, por un fabricante catalán sorprendido en viaje por los acontecimientos, y, en todas partes, por un admirador sin tacha del «glorioso movimiento». Así llaman aquellos asesinos a su traición. El movimiento era el mío. Anduve cerca de un año de un lado para otro, aunque esto fuese con muy poca gloria y teniendo que callar ante mil villanías. Recorrí las cuatro provincias gallegas y tomé buena nota de lo que allí pasa.

Más de sesenta y cinco mil ciudadanos gallegos fueron asesinados impunemente. Buena parte de esa cifra escalofriante, pero cierta, era de maestros de escuela y médicos. En esto demuestran aquellos brutos su rabia contra el que piensa un poco por su cuenta o tiene algún saber. La cultura les ofende, sobre todo si no la pueden conducir ellos por la soga como si fuese una vaca. En cuanto la cultura se le sube a los hombres verdaderamente a la cabeza o les enciende la sangre haciéndolas personas, en seguida el fascista se pone furioso. No quieren hombres y, menos, hombres cultos porque ante ellos no pueden tener autoridad. La autoridad fascista quiere ser como esa de los carreteros mal hablados que disfrutan maltratando a las bestias. Aunque sus letrados — unos pocos de sier-

Ao sobrevir o levante militar, vivía eu coa miña xente — muller e varios fillos, todos pequenos — nunha cibdade de Castela, e era dono d'unha pequena industria. Militaba no Partido de Ezquerda Republicana dende a sua fundación. Aos poucos días da militarada escomecei a ser perseguido. Vendo que todol-os amigos e correligionarios eran detidos e asesinados, tomei a inorma de faguer noite fora da casa. Varias vegadas foron en procura miña e non me toparon. A derradeira, unha persoa ben ao tanto do que sucedía cada noite e do perigro que eu corría, veu cedo a me avisar e díxome que os enemigos tiñan decote vixiada a casa e que estaban ao acecho para me botar man cando me visen vir, e darme morte. Eu tiña que dar crêto ao que me dicía aquel amigo, non samente por fe na sua palabra e nos seus informes, senon porque ben vía eu mesmo a sorte que corrían os homes de ezquerda e a xenreira con que fun mirado dende o premeiro intre. Así foi que decidín fuxir, xa tan preto do perigro que non tiven tan siquera tempo de me despedir dos fillos e da muller. (Quince meses estiveron sen saberen de min.) Vindo ao caso: Aquela mesma mañán, sen ir pol-a casa, como digo, e sin tan siquera dar conta do meu acordo â persoa que se curou de min avisándome, e a quen lle debo a vida, conseguín un taxi, e nel fixen un viaxe arreo de seiscentos kilómetros, ate chegar ao Ferrol. Outro camiño d'evasión non vía d'aquela que tornar a Galiza. Pero, ainda alí, xa non me topaba como na miña terra. É moi duro estar como desterrado no propio país.

Estudei o xeito de mellor sortear o receio d'aquela xente que alá manda e asoballa, e funo conseguindo de forma maravillosa, cada día nun povo distinto, non sendo en algunha cibdade e en vilas importantes, nas que demorei deica oito días. N'algures pasaba por viaxante, n'outros sitios por un fabricante catalán sorprendido en viaxe pol-os acontecementos e, en todas partes, por un admirador sen tacha do «grorioso movimiento». Así chaman aqueles asesinos â sua traición. O movimento era o meu.

Andiven preto d'un ano d'unha banda para outra, aínda que fose con moi pouca gloria e tendo que calar diante de mil falcatuadas. Percorrín as catro provincias galegas e tomei boa nota do que alí pasa.

Máis de sesenta e cinco mil cibdadáns galegos foron asesiñados impunemente. Boa parte de esa cifra arrepiante, pero certa, era de escolantes e médicos. Nesto demostran aqueles brutos a súa rabia contra o que pensa un pouco pol-a súa conta o ten algún saber. A cultura ofendélles, sobre todo se non-a poden levar eles pol-a corda como si fose unha vaca. En canto a cultura se lles sube aos homes verdadeiramente a cabeza ou lles quenta o sangue faguéndooos persoas, deseguida o feixista ponse furioso. Non queren homes, e, menos, homes cultos, porque diante d'eles non poden ter autoridade. A autoridade feixista quer ser como esa dos carreiros mal falados que disfrutaban mallando ás bestas. Aínda que os seus letrados — uns poucos servos con anteollos que venderon as letras — falan da cultura e din que a defenden, o que fan é esterminala, a grande e a pequena, a dos que teñen por oficio de rumbo servila, e a máis homilde, pero respetable, dos nosos traballadores. Non fan falla moitas luces para se decatarse das súas mentiras e feitos indinos. Eu non son dos máis leídos, pero abonda ter ollos e senso ordinario.

En vilas e cidades como Redondela, Túa, Cangas de Morrazo, Pontevedra, Vigo, A Cañiza, Lalín e outras da mesma provincia, o extermio de médicos e mestres, polo solo feito de seren liberais, pódese dicir que foi total. Eu topábame en Vigo cando fusilaron ao doctor Arbones, a Waldo Xil, aos irmáns Bilbatúa, un d'eles deputado do Parlamento hespañol, a Seoane, tamén deputado, a Botana — un dos homes máis queridos en Vigo —, Martínez Garrido e outras persoas de mérito. O día que asesiñaron ao xoven Fraiz, fillo do mestre do mesmo apelido, apareceron máis de cen cadáveres espallados en distintos lugares do término de Vigo, vintetrés d'eles ferroviarios.

Topándome outro día do mes de outubro do 1936 en Marín, puíden tamén presenciar unha recolleita de cadáveres que encheron dous camiós, todos eles da citada vila. A execución fora espantosa. Nenos de catorce anos foron os verdugos. Quizais querían adestralos no crime, darlles a primeira lección práctica de feixismo. E pouco afeitos ao manexo das armas, o suplicio dos mártires foi cousa que sobrepuxa as fantasías infernaes. Un falanxista que paraba no mesmo hotel que eu comentaba o feito e dicía que «indo moi acertados os mandos en acordar a morte d'aquela xente, non o estiveran ao escoller o procedemento, xa que os rapaces que realizaron as execucións case que non rexían co fusil, e houbo vítima que recibiu máis de vinte disparos para poder morrer». N'aquela desventurada vila de Marín pasan de douscentos os asesiñados, e así en todas partes.

Na provincia de Ourense tamén foi brutal a represión. Testigo constante dos crimes é a xente de Rivadavia. Os familiares dos desaparecidos de cada noite xa sabían aonde habían d'ir a buscalos, pois n'esa provincia usábase o procedemento de amarralos e guindalos ao río Miño, cuíñas augas ao se fusionaren en Rivadavia coa corrente d'outro río, fan un remuíño que lanza os cadáveres fora. Cincuenta, e máis aínda, cada día, no transcorrer de varios meses, foron recolleitos e douselles sepultura no Camposanto d'aquela vila.

Como exemplo de perversidade hei de lembrar que en Rivadavia había un falanxista chamado «O Abisinio», que tiña matado máis de mil roxos, como chaman alí aos homes de esquerda. Ese criminal disfrutaba da estima da xente de dereitas, unha estima que non ten nome. Era o ídolo das beatas, dos parvos, dos ricos e dos cregos.

Os frades de Rivadavia exercían a censura en correos, e os cregos das aldeas adicábanse á piedosa obra de baixar ás vilas a delatar aos que non tiñan o neno baustimado ou estaban casados pol-o civil. Os nomes desas persoas eran tomados en conta pol-os directivos de Falanxe e, xa se sabía, aquela mesma noite eran asesiñados. Cregos que fan á relixión



vos con anteojos que vendieron las letras — hablan de cultura y dicen que la defienden, lo que hacen es exterminarla, la grande y la pequeña, la de aquellos que tienen por oficio elevado servirla, y la más humilde, pero respetable, de nuestros trabajadores. No hace falta muchas luces para darse cuenta de sus mentiras y de sus hechos indignos. Yo no soy de los más leídos, pero basta tener ojos y sentido común.

En villas y ciudades como Redondela, Túa, Cangas de Morrazo, Pontevedra, Vigo, La Cañiza, Lalín y otras de la misma provincia, el exterminio de médicos y maestros, por el solo hecho de ser liberales, puede decirse que fué total. Yo me encontraba en Vigo cuando fusilaron al doctor Arbones, a Waldo Gil, a los hermanos Bilbatúa, uno de ellos diputado del Parlamento español, a Seoane, también diputado; a Botana, uno de los hombres más estimados en Vigo; Martínez Garrido y otras personas de mérito. El día que asesinaron al joven Fraiz, hijo del maestro del mismo apellido, aparecieron más de cien cadáveres esparcidos en distintos lugares del término de Vigo, veintitrés de ellos ferroviarios.

Hallándome otro día del mes de octubre del año 36 en Marín, pude también presenciar una recogida de cadáveres que llenaron dos camiones, todos ellos de la citada villa. La ejecución había sido espantosa. Niños de catorce años fueron los verdugos. Quizá querían adiestrarlos en el crimen, darles la primera lección práctica de fascismo. Y poco habituados al manejo de las armas, el suplicio de los mártires fué cosa que sobrepusó las fantasías infernales. Un falangista que paraba en el mismo hotel que yo, comentaba el hecho y decía que «yendo muy acertados los mandos en decretar la muerte de aquella gente, no lo habían estado al escoger el procedimiento, ya que los muchachos que realizaron las ejecuciones apenas si podían con el fusil, y hubo víctima que recibió más de veinte disparos para poder morir». En aquella desventurada villa de Marín pasan de doscientos los asesinados, y así en todas partes.

En la provincia de Orense también fué brutal la represión. Testigo constante de los crímenes es la gente de Rivadavia. Los familiares de los desaparecidos de cada noche ya sabían adonde habían de ir a buscarlos, pues en esa provincia se usaba el procedimiento de atarlos y tirarlos al río Miño, cuyas aguas al fusionarse con Rivadavia con el caudal de otro río, hacen un remolino que lanza afuera los cadáveres. Cincuenta y más aún, cada día, en el transcurso de varios meses, fueron recogidos y se les dió sepultura en el cementerio de aquella villa.

Como ejemplo de perversidad he de recordar que en Rivadavia había un falan-

esa cras de servizos non é raro que estén a punto de poñer no altar a imaxe fachendosa e sinistra do «Abisinio».

Na provincia de Lugo foi onde menos violencia tivo a represión e, noustante, non baixan de oito mil as persoas sacrificadas.

A Coruña — cibdade e provincia —, da frío pensar o que está sofrendo. Durante os días que demorei no Ferrol podo dicir, sen temor a engano, que o promedio de asesinatos non era alí menor de dous-centos por día. Houbo data, como aquela en que xuzgaron ao deputado Rufilanchas, en que os consellos de guerra dictaron máis de cen penas de morte, e hai que contar que somente unha pequena parte dos asesinados éran por sentenza oficialmente declarada.

Hai que engadir despóis a fame, a probeza que cunde ate ser unha ameaza para a xente que tiña un bô pasar; o pesadelo constante das delacións e das venganzas, todo un cadro de baixeza encaramada que fai maior, coa afrenta, o sofrimento.

Por fin, puiden embarcar para América. E poucas veces — ningunha, non sendo n'estes tempos — puido un galego emigrar con tanta ledicia. Pero a ledicia non durou. Tivo a sua hora no premeiro intre de liberdade. Despóis foi pouco a pouco vencida pol-a lembranza dos que quedan alá, pol-o furor de tanto aldraxe contra a vida e a honra da nosa terra.



LA CAMARILLA (ROMANCE)

Apoyado en el fusil
como en tu fiel compañero,
óyeme, buen camarada
que defiendes nuestro suelo.
Revista paso a la tropa
que con viles desafueros
quiere imponer su barbarie
contra la razón del pueblo.

El alemán cuadrilátero,
de negro instinto guerrero;
el italiano que tiene
motorizado el reverso;
portugués de Salazar
retratado en propio cuento;
canallas «honoris causa»
del Continente europeo.
El moro sucio en lujuria,
indeseables del Tercio.

El requeté «trabucaire»,
con escapulario al cuello;
los falangistas cantando
himnos de los extranjeros.
El ricachón ostentando
un puro, vientre, chaleco.
Curiales de Barataria
mil reverencias haciendo.
Beatas y sacristanes
amasados en incienso.
La aristocracia cretina
dándole el brazo al torero.
De la Iglesia, sin recato,
el montaraz alto clero,
expendedores del opio
que adormece a nuestro pueblo.
El señorito vacío
de señoritismo lleno.

Delante viene el caudillo,
con su porte pedantesco,
babeando, vanidoso,
la sangre del pueblo muerto

gista llamado «El Abisinio», que había matado a más de mil rojos, como llaman allí a los hombres de izquierda. Ese criminal disfrutaba de la estimación de la gente de derechas, una estimación que no tiene nombre. Era el ídolo de las beatas, de los idiotas, de los ricos y de los curas.

Los frailes de Rivadavia ejercían la censura en correos, y los curas de las aldeas se dedicaban a la piadosa obra de ir a las villas de las aldeas a delatar a los que no tenían el niño bautizado o estaban casados por lo civil. Los nombres de esas personas eran tomados en cuenta por los directivos de la falange y, ya se sabía, aquella noche misma eran asesinados. Curas que prestan a la religión esa clase de servicios no es raro que estén a punto de subir al altar la imagen jactanciosa y sinistra del «Abisinio».

En la provincia de Lugo fué donde menos violencia tuvo la represión y, sin embargo, no bajan de ocho mil las personas sacrificadas.

La Coruña — ciudad y provincia —, da frío pensar lo que está sufriendo. Durante los días que permanecí en el Ferrol puedo decir, sin temor a equivocación, que el promedio de asesinatos no era allí menos de doscientos por día. Hubo fecha, como aquella en que juzgaron al diputado Rufilanchas, en que los consejos de guerra dictaron mas de cien penas de muerte, y hay que tener en cuenta que sólo una pequeña parte de los asesinados lo eran en virtud de sentencia oficialmente declarada.

Hay que añadir luego el hambre, la pobreza que cunde hasta ser una amenaza para la gente que tenía un buen pasar; la pesadilla constante de las delaciones y de las venganzas, todo un cuadro de bajeza encaramada que hace mayor, con la afrenta, el sufrimiento.

Por fin pude embarcar para América. Y pocas veces — ninguna, excepto en estos tiempos — pudo un gallego emigrar con tanta alegría. Pero esta alegría no duró. Tuvo su hora en el primer momento de libertad. Después fué poco a poco vencida por el recuerdo de los que quedan allá, por el furor de tanto ultraje contra la vida y el honor de nuestra tierra.

que supo oponer altivo
a su nefasto cortejo
su nobleza y su valor,
orgullo del romancero.
Ved al general traidor
en su facha de esperpento:
un sable de hojadelata,
en la garganta un cencerro;
esporas de gran ruido,
muchas cruces en el pecho,
y banderas invasoras
flameando en ambos cuernos.
Mentalidad tenebrosa,
graduada de sargento,
que del Sagunto felón
recoge fracaso y miedo.

Contra caudillo y rebaño,
aunque se vistan de acero,
dispara, buen camarada,
tus nobles armas de nuevo,
que no son, como las tuyas,
envilecidos pertrechos.

R. CABANILLAS ALVAREZ

Hóspedes d'hotel

Por J. R. BARCIA

Un chirle da terra. — Yo soy internacionalista.

Castelao (con sorna). — Si, ou habitante d'hotel. Porque o que vostede quere decir chámase, falando ben, ser cosmopolita.

Bigote ao cineasta, chapeu ladeado e abrigo aristocrático. E endemais «internacionalista». Este era así. Hai moitos outros, ante e post o dazaoito de xullo, que tendo aspeito distinto, tamén pensaban e pensan o mesmo. Sempre houbo analfabetos dos que saben lêr, e dos que non sabendo, lían. Antre os chirles das vilas, na nosa terra, abundaban mais os primeiros que os segundos. Mais agora xa están definidos. Us, os feixistas, a unha banda. Outros, os nosos, ao cemiterio, ou ao fondo do mar, ou a calisqueira encrucillada, para apodrecer cara ao ceo na espera do intre, que non se fará serodio, no que a vinganza chegue con poutas de fera e carraxe apocalíptico ata os tocos destes «internacionalistas» indíxenas e dos d'importación.

«Internacionalistas» sen nación é unha paradoxa incomprensíbel, a mais dun contrasenso radical. ¿Cómo se pode estar *inter*, ou sexa *entre*, as nacións, sen ser d'unha ou d'outra? ¿Ulo os cómaros, terra de ninguén, para ser habitados por estos *petronios* da indeferenza? ¿Querán dicir que eles non entran nin saen nos problemas nacionais? ¿Qué acougan nos hoteles, coma hospes vitalicios, según o dito de Castelao? Os hoteles para estos homes deben ser algo así como embaixadas d'unha terra que ninguén recoñece. Nos sabíamos, por habelo adeprendido en Madrí, que hai, ou houbo embaixadas de países que se finxen amigos, deicadas ao negocio hoteleiro, mais descoñecíamos que houbera homes, antre nós, que cobizaran converter todol-os hoteles en embaixadas. E' que enriba se chamasen internacionalistas.

Outra cousa é, non menos parva, esa do cosmopolitismo. Verba que quere dicir, tendencia a sentirse cidadán do mundo, nun senso amplo de interpretación. N'embargantes a min ocórreseme coidar, como a tanta outra xente, que mal pode ser un, cidadán do mundo, tendo na cabeza algo mais que paxaros. ¿Tampouco o deixan anque quixera! Nos EE. UU. non entra o que quere. Nin en ningún outro país das Américas. E da Europa xa non falemos. ¿Cómo, pois, atópase xente que s'empaña en pedil-a lua á maneira dos cativos? ¿Haberá que desengañal-os de que está moi outa e de que ao millor é soio un buraco no firmamento? Unha cousa son as arelas i-outra as realidás. Bén está que haxa tendencia a conquistar o que non se tén e que cuáseque non se vislumea.

Mais, non-os afinquemos agora en posturas que, pol-o intre que vivimos, poden semellar oportunismo. Xa está desgastado o mito da *torre de marfil*, a mais de ser criminal, cando os homes ofertan as suas vidas pol-a pátre. E a nosa pátre é Galiza onde ximen asoballados na escravitude aqueles que bandearon á morte.

Eu non nego que sexa preciso renovar o senso de pátre e de nación que a burguesía puxo en uso con fins interesados e privativos. Endebén, somelláseme unha das necesidades da hora. Nos outros non entregamol-a nosa vida na defensa d'unha pátre que se vanaglorie de falar unha língoa, para que os demais non-a entendan. Non. Mais tampouco temos de falar outra, escolleita dun catálogo ou imposta por xentes alleas. Somos nemigos das imposicións, tanto como amigos do noso, cando esto responde a necesidades espritoales que endemais veñen a facilitar o arribo ás formas perdurables da cultura. Temos un mensaxe para o mundo, que nos da o ser un pobo vivo, e que nos impide levar a cabo o ser un pobo escravo. Cando conquiramol-a liberdade chegará, por fin, a xenuina plasmación do noso xenio, tantas veces trocado pol-os azares políticos da hestoria. Fumos, somos e seremos o pobo menos político da Iberia. Unha cousa é esta e outra o ser viveiro de políticos. Proba de que é certo o que digo temol-a no feito de que os nosos políticos foron sempre, como a sardiña, a carne ou a madeira, produto d'exportación. O cacique non é senón a derradeira dexeneración do xefe de clán. Home, a quen lle daba certo poderío o oficiar de ministro da facenda, con moita fachenda e non pouca usura. Pero este mesmo cárrago usufructuaron-o no período revolucionario bastantes ultrazquerdistas políticos e apolíticos, do noso campo, e ninguén os parangonou cos caciques.

Tamén é un índice elocuente o que na Galiza de hoxe predominan os «cabaleiros de Sant-Yago», os «requetés», os «luises» e as «margaridas», sober da «falanxe», que é a encarnación do feixismo, como movemento político, na retaguardia franquista. Si estivera cō ánimo para humoradas, diría, que tiña por forza que ser así. Xa a súa denominación denota unha estrutura e un costume. Ir por xunto, en feixe. Mais si lembramos que na Galiza soio as cousas se cinguen en feixe, chegaríamos á conclusión de que alá, ou os homes convertíronse en cousas, ou non hai feixismo. En parte isto é certo e non-o é, pol-a ampritude que se lle dou ao concepto de feixismo.

Pouco importa que lles cadre ou non

a denomeación si os feitos atestiguan o seu ser, capás d'esgotar total-as verbas dun diccionario que soio recollera o de mais vil e baixo que tén a humanidade. ¡Por algo nosoutros nos conformamos cō *anti*!

Ah! E que conste que no noso *anti* entra tamén esa fauna de gregoriosos expoñentes da civilidade tradicional que se chaman «margaridas», «luises», «requetés», «cabaleiros de Sant-Yago» e algús que outros «internacionalistas», tona e prez do pastel hispano-xermánico-italián-portugués-marroqueño que cociñaron os patriotas cén por cén, para salvar á *cultura occidental*, pechada, inda que non se crea, nas caixas fortes dos bancos europeos.

Todo isto é antifeixismo. Decimol-o a conta d'ese «internacionalismo», cuio novelo escomenzamos a esfaguer sen acadal-o fío. Quede o dar co él para outro día de mais vagar.



Solidaridade galega

O novo Segredariado de Solidaridade Galega Antifeixista quedou constituído de acordo coas designacións feitas na Asamblea xeral que celebrara esta entidade. Constitúen iste organismo as seguintes persoas: Segretario xeral, Pedro Longueira; Vicesegretario xeral, Alfonso R. Castelao; Segretario de Asistencia, Xohan Xosé Pla Fernández; Vicesegretario de Asistencia, Avilino Perla; Segretario de Organización, Alfonso Pazos Cid; Vicesegretario de Organización, Germán Vidal Barreiro; Segretario de Información e Prensa, Xosé Soto; Vicesegretario de Información e Prensa, Arturo Souto; Segretario ademistrativo, Severino Iglesias; Vicesegretario ademistrativo, Ramiro Suárez; Revisores de contas, Luciano Vidán, Manoel Tobío e Antonio Pérez.

Solidaridade Galega Antifeixista precisa a axuda de todol-os galegos. Facédevos socios e remitide os vosos donativos ao domicilio social: Pino, n.º 11, Barcelona.